

Juglaría



SUPLEMENTO ESPECIAL

Año II - Supl. Esp. Nº 1 (Tercera Época) - Posadas - Junio de 1995

Año Marechaliano

Publicación de los estudiantes del
Profesorado de Castellano, Literatura y Latín
"Antonio Ruiz de Montoya"

COORDINACION GENERAL:

Profesor Antonio Hernán Rodríguez

AGRADECIMIENTOS:

Profesora María Celia Amable

Profesor Juan Agustín Pérez Campos

Señor Carlos Fangano

Profesora Graciela Bertoni de Lang

Profesora María Teresa Espinoza de Grabre

DISEÑO DE TAPA:

Gerónimo Valentín Rodríguez.

Pintura inspirada en el poema de
Leopoldo Marechal "Del Niño y un pájaro"

DIAGRAMACIÓN E IMPRESION:

Imprenta Ediciones Montoya

A MODO DE PRESENTACIÓN

Con este SUPLEMENTO, el primero de su tercera época, "Juglaría", adhiere activamente a la celebración del "Año Marechaliano" en razón que en 1995 se cumplen el 95° aniversario del nacimiento y el 25° de la muerte del poeta y novelista Leopoldo Marechal.

La iniciativa de la Fundación Leopoldo Marechal y del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Argentina tiene alcance nacional y con esta entrega nos sumamos a las actividades que se vienen cumpliendo en todo el país.

A los textos del escritor le agregamos fragmentos y opiniones de Graciela Maturó, Gaspar Pío del Corro y Nilda Noemí Gil, tres de las más profundos estudiosos de la obra marechaliana.

"Ser poeta, no fue para don Leopoldo Marechal un quehacer humano, fue un modo de ser hombre.

Flaquear, aunque sólo fuera momentáneamente en la labor, hubiera sido escamotear su identidad, fomentar "esa breve ilusión separativa que se llama Leopoldo Marechal, el poeta".

Escribió ininterrumpidamente a lo largo de su vida, dando el paso editorial como un trámite necesario para que su palabra pudiera permanecer disponible a los designios de Dios, en su lugar y a la hora que el mismo Dios le reservara.

Así, si queremos, si necesitamos evocar el símbolo de su inexorable, irrevocable vocación, debe acudir a nosotras la imagen de un hombre inclinado sobre sus cuadernos cuadriculados, escribiendo a lápiz, lenta, infatigablemente, la letra chiquita, iluminadora, desgarrada; y a su lado la goma amiga que -borrando el regodeo estético, el rigor intelectual de la búsqueda sin pausa- dio paso en sus manuscritos a la paciente sucesión de páginas impecables, donde cada palabra se instituye en la más bella y adecuada revelación del sentido trascendente del hombre".

Nilda Noemí Gil

"La obra dramática de Leopoldo Marechal -desconocida para muchos, sólo en parte editada y representada.- es a nuestro juicio uno de los puntales de su admirable creación y, nos atreveríamos a asegurarlo, la síntesis y clave de toda ella. El teatro llegó a ser en sus últimos años vía dilecta de la expresión marechaliana; acaso la vía por excelencia preferida. Cuando falleció, en junio de 1970, quedaba inconclusa sobre su mesa de trabajo una página de "El Mesías".

"Si se exceptúa algún escarceo en la comedia o el sainete, podemos afirmar que Marechal concibe el teatro fundamentalmente como un género poético, de carácter litúrgico y ritual. Sus tres importantes dramas: Antígona Vélez, La batalla de José Luna y Don Juan, constituyen una trilogía de sello eminentemente clásico y notable unidad estilística, tal como lo señala Juan Oscar Ponferrada al prologar la edición de esta última obra. En ellos la materia lírica que se despliega y se conjuga en la novela con el plural acontecer del mundo, vuelve a buscar su formulación rigurosamente simbólica y arquetípica. Su clasicismo es barroco y romántico, como corresponde al temple vital de Marechal y a su inscripción en la rica vertiente del catolicismo."

Graciela Maturó

"Si hay algo que puede definirse en la gran novelística latinoamericana como el testimonio esencial, como el supuesto, muchas veces implícito pero siempre último, eso se relaciona estrechamente con la angustia del sentido mítico. A esa angustia responde Marechal cuando retorna a las "viejas palabras", no a una ingenua constricción de cofradía. El racionalismo-positivismo ha devastado lo mítico, y América se defiende en la palabra nueva de sus escritores más lúcidos. Esa palabra tiene fatalmente en su novedad un camino de retorno hacia lo sustancial humano: una originalidad que consiste, necesariamente, en recobrar lo originario."

Gaspar Pío del Corro

Prof. Antonio Hernán Rodríguez

Del Niño y un pájaro

El Niño, junto al agua
pidió ser alfarero.
Cerca del Río Joven buscaba su madre:
lo encontrará su madre
con los dedos mojados.

El niño amasa el barro, cerca del Río Joven;
y entre sus dedos brota,
como de Dios, un pájaro de Tierra.

La mano de la tierra
gravita sobre el pájaro naciente
su pico está soldado con un duro
silencio mineral.

El puño de la tierra lo cautiva
cerca del Río Joven;
pero el niño le sopla su viento en las narices,
y el pájaro se alza...
cerca del Río Joven queda un niño
con los dedos mojados.

Y ángeles albañiles, interrogan:
-¿A dónde irá tu pájaro, alfarero?
y el niño extiende lontananzas,
para que no le falte cielo.

-¿Con qué sustentarás a tu pájaro, niño?
Ángeles de cocina le preguntan.

Y el niño inventa el árbol,
para que tenga fruta,
-¿Descansará tu pájaro, alfarero?
Así nublados ángeles inquietan.
Y al cazador el niño afila,
para que no le falte muerte.

Con agua y tierra edificó un destino:
sobre el pájaro muerto llora el niño.

Su madre lo buscaba, cerca del Río Joven:
lo encontrará su madre
con los ojos mojados.

Oda didáctica de la mujer

Por eje de la tierra la pusieron,
de norte a sur atravesada.
El mundo gira sobre su mujer.

Escritos en su tabla resplandecen
los números primarios de la tierra:
el número que aguza
las pasiones del viento
y encabrita las aguas;
el número que da primaveras al mal
y verdor a la guerra;
el que dice los pesos y medidas que a las armas convienen;
el que sabe los límites exactos
del amor con su sombra,
y el que renueva y lustra
la mocedad violenta de los días.
Guardadora los números la llamen
los que aprenden Mujer.

Hacia el norte limita con el cielo,
llorada realidad, ángel crecido:
al sur con la sabrosa pesadez de la tierra,
al este con el árbol,
con el buey al oeste.
Así la procelosa realidad
tiene su costa firme en la mujer:
en la mujer aviva su color y sonido y enciende su coraje.
La mujer dice "Rosa",
y en otro nacimiento se confirma la rosa.

Fraternidad gozada de las tres dimensiones
y los cuatro elementos:
así diga el que aprende la mujer y su número.
Porque tiene del Agua
desnudo el cuerpo y ágil el talón;
y sin perder su integridad
cobra la forma de los vasos;
y del mar cejijunto aprende guerras,
o el gracioso talante, de la lluvia.

Como el Aire, levanta
de sí misma su viento.
Sabe como la Tierra,
dar una faz al día
y otra faz a la noche;
y ejerce, como el Fuego, la virtud
de templar los metales.

Después, sobre nosotros,
viento, lluvia y hoguera, la mujer;
y la noche y el día,
y sal de nuestros ojos
o canto en nuestra lengua.

Un misterio la sigue: quien lo toque
nacerá para siempre.

Del libro:
La Rosa en la balanza
Editorial Sudamericana
Bs. As. 1944



Leopoldo Marechal (1900-1970). Retrato realizado por Aquiles Badi

LEOPOLDO MARECHAL

Poeta argentino (1900-1970)

En 1944 fue director de Cultura Estética y presidente del Consejo General de Educación de Santa Fe. Su libro **odas para el hombre y la mujer** (1926) fue primer premio municipal. **Laberinto de amor** (1936) y **Cinco poemas australes** (1937) recibieron el tercer premio de la Comisión Nacional de Poesía. Marechal inició su actividad literaria dentro de las corrientes post-modernistas y ultraísta, formando parte de los grupos *Martín Fierro* y *proa*. Su poesía, de fuentes místicas, revela una identidad espiritual con la traducción del Siglo de Oro español. Trata los temas del amor divino y del amor humano con una inspiración sincera y una gran riqueza de imágenes caracterizadas por el colorido y la luminosidad. Representante moderno del barroquismo americano, une su vocación por la metáfora a una constante y fervorosa celebración de las bellezas del Universo. La novela **Adán Buenosayres** (1948), intento de épica nacional, precedido por la influencia de Joyce, es una síntesis de los temas de Marechal y el testimonio de un tipo humano y de los problemas de la vida argentina.

Obras:

Novelas: "El banquete de Severo Arcángelo" (1965); "Megafón o la guerra" (1970).

Poesías: "Los aguiluchos" (1922); "Días como flechas" (1926); "El centauro" (1940); "Sonetos a Sophía y otros poemas" (1940); "El viaje de la primavera" (1945); "Heptamerón" (1966), de esta obra el autor había publicado anteriormente las siguientes partes: "La Poética" (1959), "La Patria", "Cuadernos del amigo" (1960) y "La alegropopeya" (1962). "El Poema del Robot" (1966); "La rosa en la balanza" (1944); "Antología Poética" (1969).

Teatro: "El canto de San Martín" (1950); "Antígona Vélez" (1965); "Athanos" (Sainete alquímico. 1966); "Las tres caras de Venus" (1966); "La batalla de José Luna" (1970); "El Mesías" (Fragmento. 1970); "Don Juan" (1970).

Ensayos, historias, artículos: "Historia de la calle Corrientes" (1967). "Descenso y ascenso del alma por la belleza" (1939). "Vida de Santa Rosa de Lima". "Simbolismos del Martín Fierro" (1955). "Autopsia de Creso" (1965). "Cuadernos de navegación" (1966).

De la adolescente

Entre mujeres alta ya, la niña
quiere llamarse Viento.
Y el mundo es una rama que se dobla
casi junto a sus manos,
y la niña quisiera tener filos de viento.

Pero no es hora, y se ríe,
ya entre mujeres alta:
sus dedos no saltaron todavía
el nudo de la guerra
ni su palabra inauguró en las vivas
regiones de dolor, campos de gozo.

Su boca está cerrada
junto a las grandes aguas.

Y dicen los varones:
"Elogios impacientes la maduran:
cuando se llame Viento
nos tocará su mano
repleta de castigos".

Y las mujeres dicen:
"Nadie quebró su risa:
maneras de rayar le enseñaron los días".

La niña entre alabanzas amanece:
cantado es su verdor,
increíble su muerte.



Leopoldo Marechal (Caricatura de
tiempos de la revista Proa)

Segundo Apólogo Chino

Después de algunos años, hoy he vuelto a encontrarme con el Ministro X, el protagonista de mi *Primer apólogo chino*: despojado ahora de su investidura oficial, le he visto en toda su amplitud humana, como si una primavera civil hubiese remozado su viejo armazón de papel de oficio. ¿Dónde quedaron las heridas que nos inferimos el uno al otro, cuando yo soportaba su férula y él mi aguijón de funcionario beligerante? A decir verdad, el Ministro X es un gran cirujano a quien la tentación de la Política (*Musa non sancta*) llevó al ministerio público quizá en tren de amputación, ya que, según las malas lenguas, perseguía también a las otras (y sobre todo a Calíope), bien que furtivamente y con melancólicos resultados. Lo cierto fue que yo, sin comerla ni beberla, me vi lanzado a una invalidez poética en la cual el Ministro X me atacaba sordamente y yo me defendía (o defendía mi pan) con las leves e incruentas armas del soslayo. Por ejemplo, si él ponía de relieve mi escaso dinamismo en algunas cuestiones, yo sentenciaba: "una cosa es el dinamismo y otra de *dinamomanía*". Si me acusaba de no "poner nervio" en alguna empresa, yo le decía: "una cosa es poner nervio y otra poner *nerviosidad*". Y así, de contragolpe, desmantelaba yo los lugares comunes del Ministro, fría y perseverante, como si el demonio de la lógica militar debajo de mi bandera.

Naturalmente, mi sorda batalla con el Ministro se desenvolvía frente a las caras muertas de los Directores Generales? Al principio los aborrecí con toda mi alma: la función pública, según yo conjeturaba entonces, les había hecho sudar una goma o resina que, al solidificarseles en toda la piel, creaba para ellos una suerte de caparazón duro, impenetrable y agresivo como la escafandra de la solemnidad. Pero descubrí más tarde que la envoltura quitinosa de los Directores Generales no era un arma ofensiva, sino defensiva, y que, debajo de su caparazón, los Directores Generales recataban y protegían sus interiores frescuras, regaban sus daveles del alma, nutrían a sus pájaros íntimos, todo a favor de un secreto amurallado contra los expedientes ministeriales. Y astibé tal secreto muchas veces, cuando, en mis batallas con el Ministro, y por la conjeturas de la corazas que protegían a los Directores Generales, advertí en ellas la luz interna de una solidaridad que desbordaba y se repartía como un unguento sobre mi alma llena de cicatrices. Instantes hubo en que, levantando mis ojos al cielo, exclamé: "¡Dios mío, te doy las gracias por haber creado al Director General!".

- El orden de los factores no altera el producto.
- No estoy de acuerdo - le dije yo, lanzándome a la liza.
- ¿No está de acuerdo en que? - Tronó el Ministro.
- En que el orden de los factores no altera un producto.

Los Directores Generales no abandonaron su abstracción; pero en sus ojos abisales yo vi el relámpago de una delicia naciente.

- ¿Altera o no el producto? - me interrogó el Ministro, adoptando el aire frugal de la aritmética.
- Según y conforme - le dije yo -. ¿Puedo contar un apólogo chino?

La estructura ministerial de mi contendiente retrembló, como si yo acabase de amenazarlo con arma secreta. Sus ojos buscaron auxilio en el frente alerta de los Directores Generales, pero sólo encontraron una muralla de silencio cómplice. También inútilmente Su Excelencia consultó los retratos de Sarmiento y

Almafuerse que, sobre su escritorio, parecían mirarse "con bronca". Observando lo cual el Ministro, sin esconder su fracaso, me concedió la palabra sólo a los efectos de un apólogo chino.

- Señor Ministro -comencé yo-, señores Directores Generales: el emperador Yao discutía cierta vez un asunto administrativo con el Tercer Subsecretario del Segundo Secretario de su Primer Ministro. A la discusión asistía, con voz pero sin voto, el maestro Chuang, quien, abandonando su ermita ubicada en el monte Lou, había descendido a la corte para ilustrar al emperador sobre la influencia del Tao en el cultivo prudente de las azucenas. En cierto instante de la discusión, cuando el Tercer Subsecretario se mostraba dispuesto a no ceder en sus argumentaciones que consideraba graníticas, el emperador Yao le dijo:

-¿Y qué me importan a mí tus argumentos de academia? El orden de los factores no altera el producto.

-¿Quién te lo dijo? -le preguntó el maestro Chuang, abandonando un silencio que lo vestía de pies a cabeza.

El emperador Yao le respondió:

-Me lo dijo la Aritmética, que sólo se equivoca en los libros de los usureros y prestamistas.

-Bien -admitió Chuang-. ¿Quieres que demos ahora ese principio aritmético?

-La verdad es la verdad, y siempre debe ser aplicada -sentenció el emperador, asistiendo con la propuesta del filósofo.

El maestro Chuang dio media vuelta y se dirigió a la salida.

-Maestro, ¿a dónde vas? -le preguntó Yao.

-A la cocina del palacio -le respondió el maestro.

-¿Y qué tienes que hacer tú en la cocina?

-Voy a buscar a uno de los "factores".

Por numerosas escaleras bajó el maestro Chuang hasta la cocina del palacio: allá, entre marmitas y sartenes, el cocinero Li practicaba su oficio bonancible.

-Cocinero, vengo a buscarte -le dijo Chuang.

-Maestro, ¿para qué? -inquirió Li, temblando como una hoja por en honor que recibía.

-Para demostrar un postulado aritmético -le explicó Chuang-. Sube conmigo a la sala del emperador.

Sin abandonar el cucharón, insignia de su arte, el cocinero Li siguió al maestro Chuang hasta la gran sala de audiencias, y allí, con sus ojos nublados de humos y cebollas, vio por primera vez a su emperador sentado en un trono de marfil impecable.

-¿Qué hace aquí este hombre? -preguntó Yao, cejijunto, apuntando con su índice al cocinero tembloroso.

- Señor -le dijo Chuang-, es tu cocinero Li, dispuesto a colaborar en la demostración del postulado aritmético. ¿Lo demostramos o no?

El emperador Yao, que siempre fue un goloso de la ciencia, ordenó entonces que fuesen llamados el Primer Cronista Amanuense del reino, a fin de que asistieran a la demostración de Chuang y la registraran en los frondosos archivos de la corona. Y una vez que todos estuvieron presentes, el maestro Chuang, dirigiéndose al emperador, le dijo así:

- Majestad Altísima, mi propósito es demostrar si el orden de los factores altera o no el producto. ¿Lo altera o no?

- ¡No lo altera! -sostuvo el emperador irreductible.

- Entonces -dijo Chuang-, apliquemos esa doctrina. Vuestra majestad es un "factor" del reino. ¿Si o no?

- ¡Mandaría decapitar al que lo dudase! -tronó Yao.

- Pero - dijo Chuang- el cocinero Li también es un "factor", no hay duda.

Entonces el maestro Chuang dirigiéndose a toda la asamblea, dijo:

- Señores magistrados, el reino es un "producto" resultante de sus "factores". Ahora bien, el emperador Yao y el cocinero Li son dos "factores" de tal producto. Si tal producto no altera con el orden de sus factores, yo propongo que el cocinero Li tome ahora el cetro y la corona de Yao y suba inmediatamente al trono, y que el emperador Yao tome a su vez el cucharón de Li y baje inmediatamente a la cocina.

Un gran silencio, hijo del estupor y la duda, reinó en la sala de audiencias. El emperador Yao, que había caído en la más honda de las abstracciones, volvió de su éxtasis y le dijo a Chuang:

- ¡Maestro, gracias! Me has enseñado que, por culpa de un lugar común, podrían demolerse las bases de mi reino.

Luego sacudió al primer Amanuense, que se había dormido al calor de la lógica, y le dictó el siguiente decreto:

"Visto que el uso de los lugares comunes puede alterar la noble jerarquía del Reino, el emperador Yao, en salvaguardia de la salud pública,

DECRETA:

1º Se prohíbe terminantemente la emisión inconsulta de lugares comunes, en tierra, mar y aire, a pie o a caballo.

2º Publíquese y archívese."

Luego el emperador, en señal de acatamiento, se inclinó ante Chuang el filósofo, tal como debe hacerlo el Poder cuando se enfrenta a la Sabiduría. En cuanto al cocinero Li (que, como es justo, no había entendido absolutamente nada), le regaló un cucharón de oro que llevaba grabado el siguiente aforismo de *Tao Teh Ching*: "Lo que permanece quieto es fácil de sostener".

De "Cuaderno de Navegación"

A un domador de caballos

1

Cuatro elementos en guerra
forman el caballo salvaje.
Domar un potro es ordenar la fuerza
y el peso y la medida:
es abatir la vertical del fuego
y enaltecer la horizontal del agua;
poner un freno al aire,
dos alas a la tierra.

¡Buen domador el que armoniza y tañe
las cuatro cuerdas del caballo!
(Cuatro sonidos en guerra
forman el potro salvaje)
Y el que levanta manos de música y las pone
sobre la caja del furor,
puede mirar de frente a la Armonía
que ha nacido recién
y en pañales de llanto.
Porque domar un potro
es como templar una guitarra.

2

¡Domador de caballos y amigo que no pone
fronteras de amistad,
y hombre dado al silencio
como a un vino precioso!
¿Por qué vendrás a mi con el sabor
de los días antiguos,
de los antiguos días abiertos y cerrados
a manera de flores?
¿Vienes a reclamar el nacimiento
de un prometido elogio
domador de caballos?

(Cordajes que yo daba por muertos resucitan:
recobran en mi mano el peligroso
desvelo de la música.)

3

Simple como un metal, metal de hombre,
con el sonido puro
de un hombre y un metal
oscuro y humillado,

pero visible todavía el oro
de una nobleza original que dura
sobre tu frente;
hombre sin ciencia, mas escrito
de la cabeza hasta los pies con leyes
y números, a modo
de un barro fiel;
y sabio en la medida
de tu fidelidad;
así vienes, amigo sin fronteras,
así te vemos en el Sur:
y traes la prudencia ceñida a tus riñones.
Y la benevolencia,
como una flor de sal, en tu mirada
se abre para nosotros, domador.

4

¡Edificada tarde!
Su inmensa curva de animal celeste
nos da la tierra:
somos dos hombres y un domador de caballos,
puestos en un oficio musical.
Hombre dado al silencio como a un vino precioso
te adelantas ahora:
en tu frente la noble costumbre de la guerra
se ha dibujado como un signo,
y la sagacidad en tu palabra
que no deshoja el viento.

5

¿Qué forma obscura tiembla y se resuelve
delante de nosotros?
¿Qué gavilla de cólera recoge
tu mano, domador?
(Cuatro sonidos de guerra
forman el potro salvaje.)
Somos dos hombres y un domador de caballos,
puestos en un oficio musical.

Y el caballo es hermosa: su piel relampagueante
como la noche;
con el pulso del mar, con la graciosa
turbulencia del mar;

amigo en el origen y entregados a nosotros
en el día más puro de su origen;
hecho a la traslación, a la batalla
y a la fatiga: nuestro signo

6

El caballó es hermoso como un viento
que se hiciera visible,
pero domar el viento es más hermoso,
y el domador lo sabe.
Y así lo vemos en el Sur: jinete
del río y de la llama;
sentado en la tormenta
del animal que sube como el fuego,
que se dispersa como el agua viva;
sus dedos musicales afirmados
en la caja sonora
y puesta su atención en la Armonía

que nace de la guerra, flor de guerra.

7

Así lo vimos en el Sur. Y cuando,
vencedor y sin gloria,
hubo estampado en el metal caliente
de la bestia su sello y nuestras armas,
¡amigo sin riberas!, lo hemos visto
regresar al silencio,
oscuro y humillado,
pero visible todavía el oro
de una realeza antigua que no sabe
morir sobre su frente.

Su nombre: Domador de Caballos, al Sur
Domador de caballos
no es otra su alabanza.

La Poética

I. Biografía de poeta

25

Le pregunté al Eterno (ya era fácil):
"¿Qué pugilato libra mi alma sola
con mi solo Principio?".
Me respondió: "Albañil, tu combate no existe,
porque toda batalla necesita
dos púgiles al menos,
y hay Uno solo en ésta y no eres tú".
Volví yo a preguntarle:
"¿Quién es el pugilista solitario?".
Y contestó el Eterno: "Yo soy el pugilista".
"Y yo, ¿qué soy?", le dije, tambaleante de alma.
Y respondió: "Albañil, si bien lo piensas,
eres una ilusión separativa
que se creyó un guerrero.

26

Yo, el albañil sonoro, le volví a preguntar:
"¿Acaso no me duelen cien espinas de guerra?".
Y Él contestó: "Albañil, si hay un solo guerrero,
queda un solo doliente".
"Y yo, ¿que soy?, le dije todavía.
Y respondió: "Albañil, si reflexionas,
eres una ilusión separativa
que se creyó un herido en la batalla".
De pie sobre mi andamio, le pregunté a mi ángel:
"Si soy una ilusión separativa
que se creyó albañil,
¿por qué me han ordenado la construcción de un himno".?
Y respondió mi ángel:
"Hay en tu corazón una granada
que no se abrió a los pájaros del éter".

27

Tal es el fundamento de mi canto,
su base triangular y su altura posible:
Hay en mi corazón una granada
que no rompió su cárcel todavía.
Esa granada es más pequeña
que una semilla de mostaza,
pero es más grande que la suma
de los tres mundos conjugados.

28

Hay en el interior de mi granada
tres edades perdidas y sin embargo en flor;
y en cada edad un hombre de metal diferente
que podría ser yo si la fruta se abriera.
El surubí le dijo al camalote:
"No me dejo llevar por la inercia del agua:
yo remonto el furor de la corriente,
para encontrar la infancia de mi río".